

X.

Y como garantía contra el porvenir, acudió al tribunado, que otorgó á su favor un testimonio de agradecimiento.

¡Un testimonio!... ¿pero cuál? El tribunado dejó la frase incompleta. El Senado creyó adivinar la misteriosa palabra, y prorogó por diez años mas el poder del primer cónsul.

Bonaparte, recibió esta próroga con poco agrado.

«¿Juzgais que debo hacer un nuevo sacrificio en obsequio del pueblo? dijo: si lo creéis, estoy dispuesto á ello.»

El Senado conoció el error que había cometido, y volviendo á su primera deliberacion, le nombró cónsul vitalicio, con facultad de elegir su sucesor.

«¡Es demasiado!» exclamó Bonaparte, cuando supo este nombramiento.

Sin embargo, aquella dignidad no satisfacía su ambicion: se hallaba investido del poder de un rey vitalicio, con facultad, es cierto, de designar su sucesor; pero el derecho de designacion no es equivalente al de sucesion: el primero propone, el otro impone. Bonaparte palpó desde luego una prueba de ello. Había propuesto la paz á Inglaterra, y Lord Granville contestó, «que concentrado el gobierno consular en una sola persona, no era posible estipular una paz duradera sobre la base de la existencia de un hombre».

Al día siguiente replicó el *Moniteur* á Lord Granville: «En cuanto á la vida ó la muerte del primer cónsul, estas cosas, milord, están fuera de vuestro alcance.»

Empero, el vencedor de Marengo, haciéndose asegurar la vida por la Providencia, y revistiéndose casi con el título de eterno, no por eso dejaba de comprender toda la importancia de la objecion.

Siguió dudando.

XI.

Luego consulta con el Senado, y este le nombra emperador.

«Ya que me ofreceis la corona, dice, la acepto; pero guardaos de mi tiranía.»

Bonaparte hace en seguida un llamamiento al pueblo, y el sufragio universal ratifica el nombramiento del nuevo César.

En verdad, que despues de todo esto, podia considerarse como la encarnacion viva de la soberanía nacional; pero, ¿acaso el pueblo tiene el

privilegio de la *metempsychosis*? ¿Puede morir para sí, y pasar al cuerpo de un monarca? Napoleon se hizo esta pregunta sin poderse contestar.

Prosiguió en la duda.

XII.

Entonces quiso interesar á Dios en el poder que acababan de confiarle. Llamó al papa, y buscó en la consagracion un suplemento de legitimidad. Pero el derecho divino no era ya mas que una preocupacion, en uso solamente entre algunas ancianas devotas y unas cuantas cabezas encanecidas. En vano hacia colocar su nombre en el catecismo al lado del nombre de Dios, y disponia amenazasen con la condenacion al que le negase la obediencia.

Dudó siempre.

«¡Ay! dijo á Fontanes, no he nacido á tiempo. Ved á Alejandro: él pudo titularse hijo de Júpiter.»

XIII.

Napoleon, no pudiendo decretar su propia apoteosis, ni hallar en ninguna parte una consagracion suficiente para legitimar su poder, ofrece su victoriosa mano á las monarquías antiguas, pidiéndoles en matrimonio la legitimidad. Se casa con una archiduquesa austriaca, y el día en que la conduce á su alcoba, enseña á los cortesanos un retrato de Luis XVI, colgado en la pared, profiriendo con la mayor negligencia estas palabras: «Luis XVI, mi tío,» como si hubiera querido señalar en sí al heredero legítimo de la monarquía antigua.

Pero fácilmente adivina que, á los ojos de las familias reales, su improvisada dinastía, nacida en el cráter de la Revolucion, no era sino una amenaza ó un insulto ó las demas testas coronadas, que solo consideraban en él á un advenedizo de la dignidad real.

Y siguió dudando mas que nunca.

XIV.

Probablemente tuvo el deseo, para hacer contribuir á su obra hasta á los tiempos que pasaron, de apoderarse de los siglos anteriores, y echarlos en los cimientos de su trono. Pero Dios mismo no tiene tal poder. Esto provocó en Napoleon un movimiento de despecho.

«Quiero ser el monarca mas antiguo de Europa,» dijo.

Y en cumplimiento de su palabra destituye á los reyes en masa: barre á derecha é izquierda las coronas: echa de Nápoles á la familia de los Borbones; de Suecia á la de Vasa; de Holanda á la de Orange; de Portugal á la de Braganza; destrona en España al descendiente de Luis XIV, y en su reemplazo entroniza por todas partes á la familia Bonaparte. Para fundar una dinastía, necesita apoderarse de la monarquía universal.

También há menester de una córte carlovingiana para sustituir el prestigio de la antigüedad por el brillo de la representacion. Improvisa una aristocracia deslumbrante por su lujo, y destinada á ser el adorno de sus antecámaras. A los generales de la República, á estos austeros descamisados de ayer, los transforma en mariscales: á los mariscales los asciende á príncipes y duques, vasallos y feudatarios del imperio. Después les señala feudos, mayorazgos en Alemania y en Italia, como para indicar su omnipotencia sobre la Europa entera. Refundidas las monedas, recuerdo de las glorias republicanas, las acuña con su busto; las bautiza con el nombre de sus victorias. En lo sucesivo, convertidas en medallas vivientes, estas monedas pasearán por el espacio los rayos de la gloria imperial, recordando constantemente su memoria á la deslumbrada multitud. En una palabra, borra en todas partes lo pasado, para establecer como primera fecha del mundo el reinado de Napoleon.

XV.

Y no os figureis que Napoleon hiciese esta comedia para engañarse á sí mismo, cuando pasaba desde el consulado en participacion al consulado esclusivo; del consulado esclusivo al consulado decenal; del consulado decenal al consulado vitalicio; del consulado vitalicio al imperio, y del imperio á la monarquía universal. Una vez emprendido el camino, es por necesidad, es sin malicia, por lo que, paso á paso, ensaya y abandona todas las formas de gobierno, como palpando en la sombra y buscando á oscuras una casa desconocida. Sucesivamente representante de la victoria, representante del destino, representante del pueblo francés, representante de la Providencia, representante de la legitimidad, representante de la mas remota antigüedad, antigüedad de seis años, va errando desde el voto del tribunado hasta el voto del Senado: después acude al sufragio del pueblo; luego á la consagracion papal; á la afirmacion de lo pasado por su matrimonio, y á la negacion de este mismo pasado por sus conquistas, hasta que, rodando de imposible en imposible, llega al fondo de la misma imposibilidad.

Desde el dia en que rompió con la Revolucion para sustituir en el

poder un principio con un nombre individual, habia perdido su libertad de accion. Ya no hay un pueblo en Francia; no hay mas que un hombre, y este hombre lo es todo: todo dimana de él; todo afluye á él. Motor universal de una nacion pasiva, sin pensamiento, sin voluntad, es preciso que en lugar de ella piense y obre, mecánica, telegráficamente; que vigile todas las engravaciones, en una palabra, que su presencia no falte en ninguna parte de la máquina.

El hombre de Estado, defensor de una idea y apoyado en ella, saca de la misma su propia vida, y centuplica su fuerza con toda la fuerza colectiva de una nacion. Pero Napoleon trataba la idea como á la peste; la tenia en cuarentena: habia retirado la palabra á la Francia, y no obstante, la Francia seguia pensando. Acababa de atravesar el siglo XVIII: conservaba su espíritu: todavía habia quien recordaba la Revolucion, y cuando mas tarde le preguntaron lo que entonces hacia: «Permanecí firme,» contestó.

XVI.

Napoleon, de cuando en cuando, desde la cumbre de su poderío, en visperas ó después de una batalla, se dignaba prestar oidos al cuchicheo de la oposicion. Comprendia perfectamente que gobernaba una nacion resignada, mas bien que convertida, y turbado por esta opinion, casi imperceptible, pero esparcida por todas partes, sin que en ninguna fuera posible sorprenderla, repasaba á veces con dolor los acontecimientos anteriores. Hácia el fin su reinado, dijo tristemente á cierto cortesano: «Admiro la impotencia de la fuerza en una prolongada lucha: jamás el sable podrá vencer á la idea.» No se le ocultaba que después de su muerte, la Francia volveria á abrir el libro de la Revolucion en la página en que él lo habia cerrado.

Empero, él no podia abrirlo ya mas: dominador mas que nadie sujeto á la situacion, ya no era dueño de sí mismo: era propiedad de su destino. Es preciso que, lanzado á través del mundo como una bala de cañon, pase, y que al pasar destruya todo lo que encuentre á su paso. Fatalista completo; elevado á la cima del poder por la fuerza del huracan revolucionario, todo lo juzga desde esta altura, sin piedad ni debilidad alguna. «Si Corneille viviera en estos tiempos, decia, le hubiera nombrado ministro, porque entendia la razon de Estado.»

La razon de Estado, en efecto, tal es su religion: todo lo sacrifica á esta velada diosa. Agitase el partido republicano, y lo deporta: el duque de Enghien vive aun, y lo fusila: Madame de Stael sobresale por sus

agudezas, y la echa de sus salones: el papa desobedece al general Miollis, y lo manda acompañar hasta Fontainebleau por los gendarmes, y todo esto por razon de Estado. Por razon de Estado es preciso que el emperador reine, y que reine sin obstáculos.

XVII.

Y no obstante, siempre encuentra ante sí un obstáculo invencible: ¿cuál es este obstáculo? No lo sabe. Sea lo que fuere, la guerra le ha dado el poder, y hace la guerra, y la está haciendo siempre para renovar la energía de su dictadura por medio de la victoria. Sin cesar á caballo, corre sin descanso espada en mano por todos los estados de Europa, con el objeto de conquistar la corona del mundo.

Primero va á Marengo; no es mas que una jornada: despues á Ulm; otra jornada: en seguida á Jena; luego á Eylau, á Wagram: aun no ha sonado la hora: llega por fin á Moscou: allí están los límites de su fortuna.

Marchando victorioso desde los confines del Asia hasta Paris, por senderos todos testigos de su gloria (si es que gloria puede llamarse una batalla ganada), abdica el poder en Fontainebleau; vuelve á tomarlo por un instante en Fréjus, y lo pierde para siempre en Waterloo, demostrando así la imposibilidad de fundar un poder estable sobre la cabeza de un solo individuo; demostracion hecha por un ejemplo irrefutable, por el ejemplo de un poderoso génio de organizacion, secundado por una voluntad de hierro.

No era solamente el interés de una ambicion personal; algo mas habia en Napoleon. Figurábase de buena fé que era posible disciplinar la Revolucion como se hace con un ejército; pero la vida no se organiza en este mundo: se respeta su curso. Nadie organiza la inteligencia; se la deja pensar. El trabajo nadie lo organiza; se le deja elaborar. La produccion nadie la organiza; se la deja producir. La democracia, por fin, tampoco se organiza; se la deja obrar.

XVIII.

¿Se creerá acaso que este reinado siempre á caballo, no fué mas que una gloriosa quiebra para la Revolucion? Esto seria formar de Napoleon un juicio equivocado. Sin duda que no supo deslindar las ideas; pero tuvo el talento de fijar los intereses. Garantizando á los compradores de bienes nacionales los títulos de su posesion sacó (si es que se nos permite

la espresion) del mismo territorio una nueva clase agrícola, contemporánea de la Revolucion, é identificada con la Revolucion por el origen de la propiedad. No se habia conocido antes sino el estado llano, y Napoleon creó la clase propietaria de terrenos, tanto mas afecta á la agricultura, cuanto que el bloqueo continental habia destruido completamente la industria.

Hé aquí, pues, que la idea revolucionaria, rechazada del pensamiento público, penetraba cual semilla en el seno de la tierra, para brotar un dia en forma de abundante cosecha. El hombre repugnaba la democracia por debilidad de espíritu, mas ella quedaba depositada entre los surcos de sus campos.

Napoleon no deja de ser el verdadero autor de la propiedad revolucionaria, ya sea que la creara deliberadamente, ó por inadvertencia. Y cuando mas tarde, la Restauracion, sin prever lo que hacia, sentó el derecho electoral sobre la propiedad del territorio, la idea sepultada de la Revolucion surgió de pronto de la tierra para reivindicar la libertad.

Empero, Napoleon hizo mas aun: enviado por Dios para herir, hiere sin tregua; destruye las añejas preocupaciones; derriba á cañonazos las antiguas barreras. Revestido de una fuerza desconocida, corre furioso diseminando los pueblos cual átomos de polvo; hollando sin respeto todas las tradiciones, y llevando las instituciones de ya remotos tiempos colgadas del arzon de su montura, ni mas ni menos que como el vencedor galo ó normando ostentaba los despojos de su postrado enemigo.

Renovando la faz de la Europa, ha renovado la faz del tiempo, y dado paso á las ideas modernas.

Tomamos todos sin advertirlo el carácter de la época en que vivimos. Cuando un órden social ha existido durante largo tiempo, parece que debe durar siempre. Una institucion inmutable en apariencia, inclina el espíritu á la inmovilidad. Cuando, por el contrario, el hombre ve cambiar el espectáculo del mundo, siente tambien por su parte la necesidad de un cambio, y abre al progreso las puertas de su alma.

XIX.

Napoleon ha prestado, pues, á la civilizacion el servicio de un cataclismo: ha anegado una creacion anterior, para estender encima sin quererlo el aluvion de la idea moderna. Tal es la parte que le corresponde en la obra del progreso humano. El que le señale otra, ó se engaña á sí mismo, ó falta á la verdad.

Volviendo á la razon de Estado, no es mas que el reflejo de un relámpago, que se disipa entre la oscuridad del horizonte.

Cuando baja el minero á las entrañas de la tierra, lleva una lámpara encendida. Muchas veces se le desliza de la mano esta lámpara en su movimiento de descenso, y penetra en un pozo de tinieblas, como una sonda inflamada suspendida de la punta de una cuerda. Durante un minuto ilumina la lucecilla la profundidad de la sima. El espectador sigue con mirada inquieta esta estrella pasajera, hasta que un ruido seco sube hasta su oído. La lámpara ha llegado al fondo, y todo vuelve á quedar envuelto en la oscuridad.

Esta es la teoría de la razon de Estado: no hablemos mas de ella. No es, no puede ser mas que una chispa de fuego, que no tiene ni puede tener otra mision que alumbrar á su paso las profundidades de un abismo.

CAPÍTULO IV.

El principio de autoridad.

I.

El principio de autoridad ha sucedido á la razon de Estado, y tan solo su nombre indica un adelanto, porque en efecto, un principio acude á la discusion mas pronto que á la fuerza.

El principio de autoridad representa un gobierno personal y democrático á la vez, que reconoce, no hay duda, la soberanía del pueblo; pero que la ejerce en su lugar, por la razon de que considera la autoridad como la condicion indispensable para la existencia de un pueblo.

No es decir esto que rechace absolutamente la libertad. Por el contrario, la admite en teoría; tal vez tambien en perspectiva; pero solamente la admite en *segunda fila*, y da la preferencia á la autoridad. «Sin autoridad, dice, no es posible ninguna sociedad» En rigor puede aceptarse esta opinion.

Reservándonos pedir á los partidarios de este principio que nos den una definicion de él: ¿qué es? ¿qué debe ser la autoridad? ¿Es acaso sencillamente la posesion del poder? Si así fuera, cuanto mayor es el poder, mayor es tambien la autoridad.

Vamos á examinar si el hecho justifica la teoría.

II.

Habia en otro tiempo sobre la costa de Africa un estado gobernado como los demas: no digo mejor gobernado, sino simplemente *gobernado*.